

ZONA  
LIBRE

# EN LA LÍNEA RECTA

Martín Blasco

## Martín Blasco

Nació en Buenos Aires en 1976. Estudió dirección y guión cinematográfico. Trabaja como guionista y productor televisivo.

Ha publicado tres libros de literatura infantil: *Cinco problemas para don Caracol*, *Maxi Marote* y *El misterio de la fuente*.

*En la línea recta* es su primer libro de narrativa juvenil.

GRUPO  
EDITORIAL  
**norma**

## OTROS TÍTULOS

**La venganza de la vaca**  
**Los vecinos mueren en las novelas**  
**El misterio de Crantock**  
*Sergio Aguirre*

**Los ojos del perro siberiano**  
**Nunca seré un superhéroe**  
*Antonio Santa Ana*

**El lunático y su hermana Libertad**  
**El lunático y Prometeo**  
*Paul Kropp*

**El equipo de los sueños**  
**Springfield**  
*Sergio S. Olguín*

**El abogado del marciano**  
**El alma al diablo**  
**Una vida más**  
*Marcelo Birmajer*

**Los años terribles**  
*Yolanda Reyes*

**¿Quién conoce a Greta Garbo?**  
*Norma Huidobro*

**Palomas son tus ojos**  
*Eduardo Dayan*

**Papiros**  
*Lilia Lardone*

**Si tu signo no es cáncer**  
*Graciela Bialet*

**El mar y la serpiente**  
*Paula Bombara*

**Veladuras**  
*María Teresa Andruetto*

**El (h)ijo la libertad**  
*Margarita Mainé*

**Lo único del mundo**  
*Ricardo Mariño*

**El botín**  
*Laura Escudero*

**El jamón del sánguche**  
*Graciela Bialet*

# En la línea recta

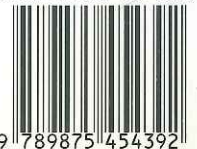
## Martín Blasco



¿Las cosas pasan sin sentido, sin tener que ver una con la otra? ¿La vida es una sucesión de puntos sueltos? ¿O esos puntos sueltos forman una línea? ¿O existe una extraña línea recta que une a mi padre con la música, con el Kung Fu, con el trencito de la alegría, con la lluvia que está por caer y con todas las cosas del universo?

CC 12279

ISBN 978-987-545-439-2



9 789875 454392

GRUPO  
EDITORIAL  
**norma**

**ZONA  
LIBRE**

**En la línea recta**

**MARTÍN BLASCO**

*10/8/07*

**GRUPO  
EDITORIAL  
norma**

Buenos Aires, Bogotá, Barcelona, Caracas, Guatemala,  
Lima, México, Miami, Panamá, Quito, San José, San Juan,  
Santiago de Chile, Santo Domingo

[www.librerianorma.com](http://www.librerianorma.com)

Blasco, Martín

En la línea recta - 1ª ed. - Buenos Aires:

Grupo Editorial Norma, 2007.

120 p.; 21 x 14 cm. - (Zona libre)

ISBN 978-987-545-439-2

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina - I. Título

CDD A863.928 2

© Martín Blasco, 2007

© Editorial Norma, 2007

en español para todo el mundo

A.A. 53550, Bogotá, Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial  
de esta obra por cualquier medio,  
sin permiso escrito de la Editorial.

Primera edición: febrero de 2007

Segunda reimpresión: abril de 2010

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Fotografía de tapa: Patricia Giordano

Armado de tapa: Hernan Vargas

Diagramación: Gisela Romero

CC: 28012279

ISBN: 978-987-545-439-2

## ÍNDICE

Capítulo I	9
Capítulo II	11
Capítulo III	15
Capítulo IV	17
Capítulo V	19
Capítulo VI	25
Capítulo VII	27
Capítulo VIII	29
Capítulo IX	31
Capítulo X	33
Capítulo XI	35
Capítulo XII	37
Capítulo XIII	39
Capítulo XIV	43
Capítulo XV	45
Capítulo XVI	49
Capítulo XVII	51
Capítulo XVIII	55
Capítulo XIX	57

Capítulo XX	59
Capítulo XXI	61
Capítulo XXII	65
Capítulo XXIII	67
Capítulo XXIV	71
Capítulo XXV	75
Capítulo XXVI	77
Capítulo XXVII	85
Capítulo XXVIII	89
Capítulo XXIX	91
Capítulo XXX	93
Capítulo XXXI	97
Capítulo XXXII	101
Capítulo XXXIII	103
Capítulo XXXIV	105
Capítulo XXXV	109
Capítulo XXXVI	111
Capítulo XXXVII	113
Capítulo XXXVIII	115

*A Juan Carlos Blasco*

"El arte de escribir historias está en  
saber sacar de lo poco que se ha  
comprendido de la vida todo lo demás;  
pero acabada la página se reanuda  
la vida y uno se da cuenta de que lo  
que sabía es muy poco."

ITALO CALVINO

*(El caballero inexistente)*

## CAPÍTULO I

El 24 de febrero murió mi padre. No. El 24 de febrero murió mi viejo. No, no. El 24 de febrero murió mi papá. No, no, no. Padre. Viejo. Papá. ¿Progenitor? ¿Cómo tengo que llamarlo? Si digo padre me siento ridículo, nunca lo llamé así, es demasiado formal. Si digo viejo me siento mal, como si le faltara el respeto. Si digo papá me siento un nene de cinco años y me lleno de tristeza. Tampoco puedo llamarlo por su nombre, Raúl, es un nombre que nunca usé mientras vivió, porque cuando era un chico él siempre fue papá, papi, papucho y cuando fui más grande cambié por el irrespetuoso "viejo". "Che viejo, pasame la sal" o "no viejo, no quiero que me acompañes" o "mi viejo es un hincha..." o "mi viejo no quiere pres-

tarme el auto". Pero confieso que en la intimidad nunca dejó de ser "papá", cuando estábamos solos siempre fue "papá".

Leo lo que acabo de escribir y me doy cuenta de que recuerdo más las discusiones, los momentos en que peleamos, todas las veces que no le hice caso, lo mucho que quise sacármelo de encima, independizarme, cómo hablé mal de él frente a otros y cuánto me quejé por tener que soportarlo... no vienen a mi mente los momentos buenos. Estoy seguro de que los momentos buenos fueron más. No tengo la menor duda. Nos llevábamos muy bien y fue un gran padre. Pero será que cuando alguien se muere, uno se arrepiente de esas discusiones, esas pequeñas peleas, esas quejas que tuvo, aunque hayan sido pocas.

El 24 de febrero murió mi padre. El 24 de febrero murió mi viejo. El 24 de febrero murió mi papá.

## CAPÍTULO II

Nos llamaron a casa a las cuatro de la mañana. Sólo dos días antes, papá había sido internado en el hospital para un chequeo. Al principio le dolía un poco el pecho, pero el médico le aconsejó que se internara porque notó algunas irregularidades en su ritmo cardíaco.

Dicen que fue durmiendo. Supongo que debe ser lo mejor. ¿Cómo será? ¿Con qué soñará una persona en ese momento? ¿Será como pasar de un sueño a otro? ¿O será como despertar? Como despertar de un largo sueño y decir "¡Uf!, qué raro, soñé que era un tipo de tal o cual aspecto, que me llamaba fulano de tal, que vivía en tal país y tenía tal familia". Como consuelo, muchos allegados me dijeron que lo mejor es morir mientras

se duerme. Sonaban algo envidiosos del fin de mi padre. No tengo manera de saber si esto es cierto o no. Cuesta pensar. Cuesta elegir un tipo de muerte. Casi me suena contradictorio decir "yo quiero morir de tal manera". "Querer" y "morir" me parecen palabras incompatibles. Yo no quiero morir. Ni ahogado, ni quemado, ni asesinado, ni durmiendo, ni de risa. Simplemente no quiero. Y sin embargo es algo inevitable. "Morir" tiene más peso que "querer". "Querer" es casi un invento, una fantasía, porque casi nunca se cumple lo que queremos. Así que, ¿qué sentido tiene decir "yo quiero esto"? Es sólo una expresión de deseo, una idea ficticia, sólo una palabra que no indica nada verdadero. En cambio, "morir" es realidad. Morir es pura realidad. Tanta realidad que no alcanza ninguna palabra. Decimos "muerte" como podríamos decir "mesa", "casa" o "pato de goma": hablamos de algo que nos supera.

Llegamos al hospital sabiendo lo que íbamos a encontrar. No por eso dejé de inventar salidas a la situación. Mientras viajábamos en taxi imaginaba que al llegar nos explicarían que todo había sido un error, que se referían a otra persona con el mismo nombre o tal vez con un nombre totalmente distinto, un nombre gracioso. Ruperto Haroldino. Eso es. El que había muerto era Ruperto Haroldino. Todo fue un error. Lamentamos mucho las molestias causadas. Y correríamos a contarle a mi padre y, ¡cómo se reiría! Luego, ya en casa, todos juntos nos reiríamos del asunto y Ruperto Haroldino se volvería un código interno ya que mi padre no dejaría pasar oportunidad de decir: "¡Ni que yo fuera Ruperto Haroldino!", y de inmediato agregaría avergonzado: "Que en paz descansa", porque no corresponde andar haciendo chistes con los muertos.

Nunca supe por qué nos hicieron pasar separados. Nos sentaron en un pasillo primero a mi madre, luego a mi hermano y por último a mí. Una enfermera se acercó, tomó

la mano de mi madre y la hizo entrar. Después vino por mí de la misma manera. No entiendo bien para qué todo eso. Parecía algo armado, una especie de ceremonia. Mientras la enfermera me conducía a la cama donde yacía mi padre no pude evitar sentirme ridículo. Me parecía ser trasladado a un extraño show armado únicamente para mí. Era como entrar a la carpa de un circo, pero no para contemplar gente que traga espadas o se acuesta sobre clavos, sino para ser testigo de algo mucho más fantástico e incongruente: el propio padre muerto. Y ahí estaba, tendido en una cama de hospital. Lo contemplé durante un rato. Ver un cadáver produce una sensación extraña. Más si es de alguien cercano. Uno ve a una persona a la que conocía y la ve igual que siempre. Todo está en el mismo lugar. La misma cara, el mismo cuerpo, las mismas manos, el mismo pelo. Pero hay algo raro. Algo falta. Hasta que uno se da cuenta de qué es lo que falta: esa persona no está más allí.

### **CAPÍTULO III**

**E**l velorio fue corto y absurdo. Lleno de parientes lejanos, amigos remotos y simples desconocidos, todos pretendiendo estar muy tristes, algunos lográndolo, otros no tanto. Yo me contaba entre estos últimos. Supongo que internamente estaba muy triste pero no derramé ni una lágrima (sin embargo en realidad no creo haber estado triste en ese momento, la tristeza es un sentimiento demasiado romántico para describir lo que sentía). Nunca fui de llorar, no recuerdo haber llorado mucho en mi vida y no lloré en los días posteriores a la muerte de mi viejo. En el velorio, la gente se extrañaba al notarlo y ponía su mano en mi hombro, como para ayudarme a soltar las lágrimas, una especie de empujoncito, con cara

de decir "dale, llorá de una vez". Pero no les di el gusto. Me hubiese encantado, pero no pude. Con sólo llorar un poco hubiera dejado a todos conformes, comportándome como un buen hijo que extraña a su padre, pero no pude.

Espectáculos extraños, los velorios, no hay duda. Me sentía como un mal actor que no logra conformar a su público. Finalmente pude, al menos, esbozar un par de pucheros con cejas en expresión de pobrecito, con lo que logré que me dejaran en paz.

Mi hermano (tiene ocho años) jugaba en un rincón con un auto de carreras verde, como si nada hubiera pasado, como si estuviéramos en la fiesta de cumpleaños de alguna tía vieja u otra de esas celebraciones de adultos sin sentido para él. Pero el premio al comportamiento errático e impredecible en un velorio se lo llevaba mi madre. Si en un minuto estaba llorando desconsolada como la protagonista de una telenovela, al siguiente se reía vaya a saber uno de qué, o se quejaba furibunda del servicio de la funeraria. Cada tanto contaba a todos los presentes y, si no me equivocó, hasta hizo una lista con los nombres de cada uno.

Fue un día raro, muy raro. Sin embargo, no me preparó para lo que vendría después.

## CAPÍTULO IV

Cuando el entierro terminó y volvimos a casa, sucedió algo muy extraño. Me encerré en mi cuarto con la intención de apagar la luz y ponerme a escuchar música en la oscuridad hasta quedarme dormido, una costumbre que tengo desde hace años y que se ha vuelto el cierre indispensable de todos mis días. Soy un verdadero fanático de la música, tengo (mejor dicho tenía) más de mil discos (sí, más de mil) de todo tipo de bandas y géneros (aunque siempre dentro de lo que suele definirse como rock o música joven, digamos. Intenté acostumar mi oído al jazz, al tango o la música clásica, pero hasta la fecha no lo he logrado). Además de discos compactos, tengo vinilos de colección y, por supuesto, la computadora repleta de mp3.

Me encerré en mi cuarto, apagué la luz y puse uno de mis discos favoritos. Ahora no me acuerdo de cuál era, tengo muchos discos favoritos. Y algo extraño pasó. Mejor dicho, lo extraño fue que no pasó nada. Nada. No podía sentir la música. No la entendía. Era como escuchar ruidos, sonidos sin sentido. Podía distinguir las notas y las melodías que formaban, pero esas melodías no me transmitían nada, como si la música se hubiera convertido en un idioma desconocido para mí. Puse otro disco y luego otro. Lo mismo. No había emociones, no había imágenes, mi cabeza no se disparaba hacia mil y una fantasías. ¿Qué me estaba pasando? Probé muchísimos discos de géneros muy diferentes. No me llegó la alegría del ska, ni la furia del punk, ni la tristeza del dark, ni la armonía del pop. Sencillamente no me pasaba nada. Por primera vez en mucho tiempo me fui a dormir en silencio. Y en el silencio y la oscuridad intenté al menos reconstruir alguna melodía en mi cabeza. Pero sólo podía escuchar el pasar de autos y colectivos bajo mi ventana.

## CAPÍTULO V

Dije que no había llorado en esos días, pero creo que no es cierto. Al menos recuerdo una vez. Me encontraba caminando por el centro, serían alrededor de las nueve de la noche. Había ido a comprar un pantalón. En general odio comprar ropa (excepto zapatillas) porque nunca sé qué elegir y casi siempre me equivoco. Supongo que no me llevo bien con la moda, soy de esas personas que estarían felices si todo el mundo fuera obligado a usar overol, o si por lo menos sólo existiesen tres o cuatro opciones para cada prenda y no hubiera que elegir tanto. Sé que para otros la moda es una forma de expresarse; para mí es un dolor de estómago. En esa oportunidad me había decidido al fin por un jean negro que estaba de oferta

(sólo al llegar a mi casa descubriría que no tenía bolsillos, por lo que casi nunca lo uso). Salía del local cuando me crucé con uno de los grandes amigos de mi papá, Ernesto. Ernesto y mi viejo habían sido compañeros en la facultad y, si bien se veían una vez cada tanto, se querían mucho y se consideraban grandes amigos. Dos o tres veces al año solían juntarse y quedarse largas horas charlando y riendo. Sólo un cruce de miradas con Ernesto me hizo saber que aún no sabía nada de lo que había pasado. La sonrisa amplia y contenta, el brillo de su mirada al cruzarse con la mía, no podían indicar otra cosa. Eso quería decir que yo iba a tener que darle la noticia, lo que me pareció una carga demasiado pesada, una tarea imposible de realizar, hasta sentí vértigo y un fuerte temblor de piernas. Bajé la vista y seguí caminando como si no lo hubiese visto. Pero Ernesto comenzó a llamarme.

-¡Damián!

Caminé más rápido mientras Ernesto me seguía y gritaba con más fuerza.

-¡Damián...!

Entonces comencé a correr. A correr como si me persiguiera la policía o un asaltante o la mismísima muerte. Y empujé gente en el camino, desesperado creo que tiré a una señora al piso, un camión casi me atropella al cruzar una calle, una moto en otra y un colectivo un poco después. Corrí tanto que ya no estaba en el centro sino en un barrio que no conocía, y seguía corriendo como si Ernesto estuviera justo detrás de mí. En una plaza oscura sentí un calambre en la pierna pero igual continué corriendo. Caí sobre unas baldosas rotas cuando mis piernas ya

no respondieron. Y mientras mi pecho subía y bajaba y mis músculos se retorcían por el esfuerzo, noté que tenía la cara mojada. Aún no sé si eran lágrimas o sudor.

## CAPÍTULO VI

Cuatro días después volví al colegio. Como nos habíamos mudado el año anterior era nuevo, de modo que aún no tenía muchos amigos. Las cosas que me habían hecho apenas conocido entre mis compañeros eran mis conocimientos musicales y mi colección de discos. Cada tanto alguien quería que le grabara un disco o averiguara de qué banda era tal tema o cuántos discos había sacado fulano. Y yo casi siempre tenía la respuesta exacta para cada pregunta. Podía explicar con la misma fluidez todo lo que The Strokes le debía a Television, qué fue de la vida de Johnny Rotten después de los Sex Pistols, detectar las influencias de Soda Stereo en Café Tacuba, la diferencia de Pink Floyd con Barret, Waters o Gilmur, justificar por qué creía que The Zombies era la gran banda olvidada de la historia

del rock (y su tema "She's not there" uno de los mejores de todos los tiempos), o demostrar lo importante que eran los Pixies. Pero eso no me volvía popular, más bien lo contrario, supongo que me consideraban un bicho raro, un poco fanático en mi coleccionismo musical (y creo que tenían razón, en esa época era exagerado en mis criterios y me parecía imperdonable, por ejemplo, que alguien no reconociera la grandeza de David Bowie). Y si ser nuevo no me había permitido hacer muchos amigos, el reciente fallecimiento de mi padre terminó de espantar a todo el mundo. Nadie tiene ganas de estar en compañía de alguien que acaba de pasar por eso. Podía notar cómo me señalaban con un cabezazo cuando pasaba por el pasillo y casi podía escucharlos decir "¿Viste ese que va ahí?, se le acaba de morir el padre" (como si uno tuviera una especie de peste por haber perdido a un ser querido).

El primer día, después del fallecimiento de mi viejo, tuve clase de música. El profesor de música me apreciaba por mis conocimientos y porque compartía conmigo la pasión por los Beatles. Todo aquel que se precie de ser fanático del rock y su historia será seguramente también fanático de los Beatles, porque ambas cosas van juntas. Fue con los Beatles que comenzó mi colección, con los vinilos que heredé de mi padre, apasionado por Lennon y compañía. Y justamente el profesor había armado toda esa clase alrededor del clásico "Imagine" de Lennon solista y en el pizarrón estaba escrita la letra de la canción en inglés y castellano. El profesor hablaba de las virtudes musicales del tema, del mensaje de la letra, que era una oda a la paz, que ojalá algún día la humanidad le hiciera caso a Lennon y cosas por el estilo. Fue entonces que pidió mi colaboración.

-Damián, por favor explicá un poco a tus compañeros lo hermosa e importante que es esta canción, vos que sabés tanto del tema.

Dos semanas antes hubiese pasado horas hablando de lo maravillosa que era "Imagine" pero en ese momento fue otra cosa la que salió de mi boca. Dije anteriormente que la música había dejado de causarme efecto pero en ese momento lo causó: escuchar "Imagine" me produjo un gran malestar. Como si fuera el más horrible de los ruidos, cada tecla de ese piano me golpeaba en la cabeza como un mazazo. Y la letra en el pizarrón, esa misma letra que sabía de memoria y consideraba una genialidad, se me hizo insoportable.

-Es una canción muy estúpida -dije casi sin pensarlo.

El profesor me miró sin poder creer lo que escuchaba y varios alumnos sonrieron felices intuyendo el comienzo de una escena problemática.

-¿Cómo podés decir eso? -respondió el profe cuando pudo salir de su asombro-. Estás muy equivocado. ¿O te estás haciendo el gracioso? Es una letra que nos habla de la paz. ¿No te importa la paz?

-Es una canción muy estúpida -repetí sin escucharlo- y en realidad, si usted lo piensa un minuto, tiene un mensaje muy autoritario. Fíjese que dice "sin Religión, todo el mundo viviendo en paz". ¿No es esto autoritario? Porque lo que está diciendo es que, para que haya paz en el mundo, todas las personas deberían pensar exactamente como él (que era ateo) y abandonar sus creencias. ¿Qué pasaría si un musulmán cantara una canción que dijera "imagina un mundo sin cristianos ni judíos, sólo musulmanes viviendo en paz"? ¿No nos escandalizaríamos? ¿No lo llamaríamos fanático y fundamentalista? ¡Y con razón! Pero eso mismo es lo que canta Lennon y nos parece el máximo himno a la paz y las buenas intenciones. En todo caso podría decirse

que esa letra es fundamentalista. ¡Fundamentalismo Hippie!  
Ja, ja, ja ¡Eso es lo que es!

Mi idea me resultó muy ingeniosa y me reí como desde mucho tiempo antes no lo hacía. El profesor no. Enojado, me mandó al despacho del Director, un hombre cincuentón de excelente carácter que me estuvo explicando durante media hora por qué John Lennon era un personaje importante de la historia y que, si bien respetaba mi opinión, me pedía que lo pensara mejor. Luego me enteré de que el Dire es otro fanático declarado de los Beatles. Si insultaba a Sarmiento o a San Martín seguro que hubiese tenido menos problemas.

## CAPÍTULO VII

Esa noche al volver a mi casa apagué la luz, puse "Imagine" en el equipo. Recordé el día en que mi padre me lo hizo escuchar por primera vez, su cara emocionada como si estuviera mostrándome el más fabuloso de los tesoros. Quise que la tranquila y dulce melodía y la voz algo áspera de Lennon me emocionaran como tantas otras veces. Y mientras la canción se repetía una y otra vez, intenté sinceramente que me gustara. Pero no. Me pareció una porquería.

## CAPÍTULO VIII

### EXTRAÑOS COMPORTAMIENTOS EN MI FAMILIA.

Martes: Nos llaman de la escuela de mi hermano. Parece que se agarró a trompadas con un compañerito y le dejó los ojos negros. Es raro, nunca antes había pasado.

Miércoles: Mi madre se niega a atender el portero eléctrico que estuvo sonando como media hora. Nunca sabremos quién era.

Jueves: Mi madre faltó al trabajo.

Viernes: Mi madre faltó al trabajo nuevamente.

*Martín Blasco*

Llamaron para preguntar qué le pasaba y tuve que decir que estaba descompuesta.

Sábado: A mi hermano lo echan del equipo de fútbol, por pegarle una patada en el pecho a un rival. En casa se porta bien, parece un angelito.

Domingo: Todos juntos en casa. Almuerzo normal. Cenamos viendo una película de extraterrestres. Mi hermano no entiende el argumento y cuando mi vieja se lo explica me doy cuenta de que ella entendió aún menos. No sé dónde tienen la cabeza.

Lunes: Llega el segundo aviso de pago del teléfono. Al tercero nos lo cortan.

Martes: Mi madre sigue sin ir a trabajar. No sé qué decir cuando llaman, se me acabaron las excusas.

Jueves: Los parientes desaparecieron después del velorio, supongo que temen que les pidamos plata.

Viernes: Mi madre fue a hacer las compras. A los cinco minutos volvió muy asustada y sin haber comprado nada. Cuando le pregunté qué había pasado, no quiso contarme.

Sábado: Mi hermanito no puede ir a fútbol porque está suspendido. Se queda en casa, juega con sus autos y se lo ve bien. En una esquina de su cuarto encontré unas marcas raras. Me parece que estuvo dándole puñetazos a la pared.

Domingo: Sigue sin gustarme la música. El barrio apesta. Me aburro.

## **CAPÍTULO IX**

Estoy seriamente preocupado por la economía de mi familia. Para empezar, mi padre era un profesional independiente, lo que quiere decir que de sus ingresos sólo nos queda una mínima pensión. Por otro lado, el comportamiento errante de mi madre, que aún no sé bien a qué responde, y sus constantes faltas al trabajo hacen que me pregunte si no faltará poco para que la echen. ¿Y entonces qué? ¿De qué vamos a vivir? En todos estos años supongo que mi familia tuvo siempre una posición acomodada. No somos ricos para nada, pero nunca nos ha faltado algo, tenemos auto, íbamos de vacaciones todos los años y otras cosas que yo definiría como normales y necesarias.

Siento como si fuéramos malabaristas realizando nuestros maravillosos actos confiados en que abajo hay una red, pero de golpe nos venimos abajo y mientras estamos en plena caída nos damos cuenta de que no nos espera ninguna red sino el duro y frío piso. Demasiado vértigo.

Este tema me tiene muy preocupado así que decidí tomar cartas en el asunto. ¿De qué sirve tener miles de discos si uno no siente la música? Por eso cargué mi colección en tres mochilas y dos bolsos de mano. Me fui para el parque Rivadavia (el lugar indicado si se necesita vender o comprar discos). Tendrían que haber visto la cara del tipo del puesto cuando empecé a sacar mis compactos. Se le caía la baba. Tenía más y mejores discos yo en mis mochilas que él en el puesto. Trataba de disimular su alegría pero no podía. Ante sus ojos tenía ni más ni menos que la historia entera del rock (o al menos lo más importante de ella). La colección entera de los Beatles (rarezas incluidas); de los Stones; Pink Floyd; The Kinks; The Who; Led Zeppelin; Iggy Pop; Lou Reed; The Doors; Bowie; Emerson, Lake and Palmer; King Crimson; The Clash; Ramones; The Cure; Red Hot Chili Peppers; Sonic Youth; Björk; Dr. Dre; Wu Tang Clan; The Roots; Living Color; Tupac; Snoop Dog y todo lo que se les ocurra.

Me fui del parque con mis bolsos vacíos y mucha plata. Mucha de verdad, nunca había tenido tanta junta. Suficiente para comprar una moto nueva o un auto viejo. Por el momento la guardé en el cajón de las medias. El enorme mueble que antes usaba para guardar mi colección de discos ahora está vacío. Esto me produce una sensación extraña.

## CAPÍTULO X

¿Y si nos roban? ¿Si alguien entra a casa y se roba toda mi plata? Es un problema tener plata. Si había algo antes que no me interesaba era el tema de la seguridad. Pero luego de la venta de los discos se me dio por leer detenidamente la sección policial del diario. Qué mundo violento en el que vivimos, se lee cada cosa. Encima los diarios explican todo con lujo de detalle: lo fácil que es convertirse en hombre araña y entrar por el balcón de un departamento, secuestrar a alguien y pedir rescate o los horarios ideales para asaltar un almacén. Las notas parecen un manual para delincuentes principiantes. No, no me gustaba tener tanta plata en mi casa pero, ¿qué podía

hacer? ¿Meterla en un banco? Cualquier argentino sabe que eso no es ninguna seguridad. Tenía que hacer algo. ¿Comprar dólares? Porque encima también está el tema del dólar que sube y baja y toda esa plata que tenías se convierte de un día para otro en papелitos de colores sin ningún valor. Así que, después de pensarlo bien, decidí invertir en lo único que siempre es necesario: comida. Salí a recorrer los supermercados de la zona buscando las mejores ofertas en alimentos no perecederos. Es todo un tema el de las ofertas, en general son muy tramposas. Un supermercado tiene descuento los días miércoles, otro los jueves, otros cuando la compra es superior a determinado monto, en algunos casos aseguran tener el precio más bajo pero no siempre es tan así. Luego de pasar unos cuantos días con la cuestión y dedicarle muchas horas a caminar y buscar precio, logré comprar cada producto a su precio más bajo. Sobre todo compré arroz, fideos, azúcar, sal, polenta, latas de todos los tipos y té (que no es tan necesario pero me gusta mucho). Día a día fui guardando en la baulera y en el mismo mueble que antes tenía lleno de discos, todos estos productos. Me entretuve varias horas armando la lista de mi nueva colección y acomodando todo. A la noche, ya no escucho música, pero la imagen de los paquetes de arroz, fideos y polenta prolijamente acomodados me da la tranquilidad necesaria para dormir.

## CAPÍTULO XI

### LISTADO DE PRODUCTOS QUE COMPRÉ:

- 405 Paquetes de arroz
- 369 Paquetes de fideos tirabuzón
- 287 Paquetes de tallarines
- 320 Paquetes de azúcar
- 250 Paquetes de sal
- 123 Latas de arvejas
- 210 Latas de paté
- 145 Latas de atún en agua
- 145 Latas de atún en aceite
- 225 Latas de sardinas
- 315 Paquetes de galletitas dulces
- 208 Paquetes de galletitas saladas

*Martín Blasco*

112 Latas de ensalada jardinera  
135 Sopas deshidratadas de choclo  
135 Sopas deshidratadas de tomate  
135 Sopas deshidratadas de apio  
58 Paquetes de 25 saquitos de té

De hambre no vamos a morir.

## **CAPÍTULO XII**

**I**ncreíblemente me he vuelto un chico popular. Todo comenzó con mi ataque a John Lennon. Resulta que a muchos alumnos les encantó lo que dije, especialmente a aquellos que, por alguna cuestión de bandera personal, odian a Lennon y a todo lo que sea medio hippie (por ejemplo los que son medio heavys o medio punks). También a los que les da igual pero les encanta que alguien haga sufrir a los profesores. Entusiasmado por este pequeño éxito y dejándome llevar por mi nueva aversión a la música, empecé a criticar ferozmente a todo solista o grupo que se me viniera a la cabeza. Tuve palabras duras para casi todo el mundo, para los Rolling Stones (dije

que el último álbum bueno que habían sacado era *Black and Blue* y de eso ya habían pasado más de treinta años); de Bono (que como músico era un buen político); del heavy metal (que me costaba imaginar un género musical más infantil); de Sting (que ya era hora de que se dejara de robar con "cada vez que respiras"); de Eminem (mucho ruido y pocas nueces) y así con todos los músicos que se les ocurra. Cualquiera pensaría que estos ataques constantes a los ídolos de la industria musical me ganarían el odio de todos además de una merecida fama de chico insoportable y soberbio, pero no, todo lo contrario, me volví una fuente de consulta para todo aquel que quisiera desprestigiar a un contrario. Los heavys me buscaban para que les diera letra contra los stonies, los seguidores del rock nacional contra el que viene de afuera, los del tecno contra el rock, y los del punk contra el hip hop. Así, todos contra alguien y yo contra el mundo.

## CAPÍTULO XIII

Mi madre pidió hablar conmigo bien temprano por la mañana.

-¿Vas a poner un almacén?

-No.

-¿Entonces por qué tu cuarto esta lleno de comida?

-Son reservas.

Silencio.

-¿Alguna otra pregunta?

-El portero me dijo que además guardaste veinte cajas en el sótano.

-Sí, no entraba todo en mi cuarto.

-Él pensó que estaban llenas de pornografía o drogas, por eso las abrió.

-Se debe haber desilusionado.  
-Supongo que sí. ¿Me podés explicar para qué necesitás tanta comida?  
-Ya te dije, reservas, por cualquier cosa, siempre vienen bien.  
-En fin, en realidad quería hablar con vos pero de otro tema.  
-¿Qué pasa?  
-Es algo muy raro...  
-Contame...  
-Me están persiguiendo.  
-¿Qué?  
-Como escuchaste, alguien me está persiguiendo.  
-¿Quién?  
-Un chico.  
-¿Qué chico?  
-Un chico de acá del barrio...  
-¿Pero por qué?  
-¡Y yo qué sé! Querrá secuestrarme...  
-¿Secuestrarte?  
-Y sí... o si no, robarme... no sé... quizás es un degenerado...  
-¡Mamá!  
-¡Estoy preocupada! Puede pasarme cualquier cosa...  
-Entonces llamemos a la policía...  
-Es que no lo van a entender, no sólo me sigue... Lo raro es cómo me sigue...  
-No entiendo.  
-Me sigue de una forma muy rara...  
-¿Cómo?  
-Es difícil de explicarlo. Por eso quería pedirte que salieras conmigo a dar una vuelta, así lo ves con tus propios ojos. Si no, voy a pensar que me estoy volviendo loca.

-Bueno, vamos.  
Salimos a la calle. Yo todavía medio dormido, mi madre con el pelo revuelto y una enorme campera inflable encima del camión.  
-¡Ahí está! -gritó mi madre.  
Señala a un chico unos años menor que yo, que está caminando cincuenta metros adelante. Acaba de salir de una casa.  
-¡Es él! ¡Es el que me persigue!  
-Mamá, es un vecino...  
-Sí, y me persigue.  
-¿Pero cómo?  
-Fijate.  
Mi vieja me toma del brazo y comienza a caminar. El chico, cincuenta metros adelante, camina también.  
-Supongamos que vamos a la panadería, ¿no? Tendríamos que doblar en la esquina a la derecha, ¿no? Bueno, vas a ver que él dobla también.  
El pibe dobla.  
-¡Viste!  
-¿Y?  
Alcanzamos la esquina y doblamos también.  
-Ahora va a cruzar la calle.  
El pibe cruza.  
-¡Viste!

-No entiendo cuál es la cuestión.

-¡Que me está siguiendo! ¿No te das cuenta? Me sigue pero no por atrás sino por adelante. Yo sé que suena fantástico, pero es la verdad. Vaya a donde vaya, él está siempre media cuadra delante de mí, siempre. No sé cómo lo hace, pero es así.

-Más bien suena a que vos lo estás persiguiendo a él, mami...

Mi madre me mira con los ojos bien abiertos, de repente comienza a llorar desesperada y se me echa a los brazos.

-¡Me estoy volviendo loca!

Casi cargándola, la llevo de nuevo a casa.

## CAPÍTULO XIV

Una vez que deposité a mamá en su cama, traté de calmarla un poco.

-Tenés que tranquilizarte -le dije-, a veces nos ponemos un poco nerviosos de más, tenés que cortarla con eso de que te persiguen y listo. Fijate cómo se me dio a mí por comprar alimentos y guardarlos, es un poco raro... pero no significa nada...

-Sí, significa que la locura es hereditaria...

Luego se durmió.

## **CAPÍTULO XV**

La salud mental de mi madre deja bastantes dudas, así que no va a alcanzar con acumular comida, porque no sólo de pan vive el hombre (¿es un dicho, no?). Que la semana pasada nos cortaran el teléfono me confirmó que tenía que hacer algo y pronto. ¿Y si mi madre empeoraba? ¿Si no podía trabajar más? ¿Si mi hermanito, que seguía dándole palizas a todo el mundo, mandaba a alguien al hospital y teníamos que pagar la cuenta? Por eso decidí tomar una medida drástica: buscar trabajo. Tengo las tardes libres y en el colegio hasta el momento me va bien, así que, ¿por qué no? Pero resulta que no es tan fácil conseguir trabajo, por todo eso del desempleo, un problema serio de verdad. Me cansé de buscar en

los clasificados, de patear las calles del centro, de llamar a teléfonos donde me dejaban esperando, de escuchar la frase "cualquier cosa te llamamos", sinónimo de "prefiero cerrar la empresa antes que contratarte". Pobre del que necesite un trabajo en serio, pobre del que tiene hijos, esposa, gente que depende de él. Porque hasta la fecha no conozco mayor frustración que la de buscar laburo y no encontrar. Te sentís una porquería, constantemente rechazado. Uno está ahí, con la corbata demasiado grande y el pelo peinado por primera vez, el currículum en la mano, gritando: "¡Quiero que me estafen! Quiero trabajar todo el día por dos mangos, ser casi un esclavo, fuera de la ley, sin obra social y poniendo en riesgo mi vida", y del otro lado te responden: "Gracias, pero no. Tenemos tanta gente para explotar que no sabemos con quién quedarnos". Es muy triste.

Por fin, conseguí algo. En una oficina roñosa, sin firmar contrato ni nada porque era todo en negro, me comprometí a trabajar por una suma de dinero irrisoria, seis horas por día. A mi vieja le dije que estoy yendo al club, para que no se preocupara. ¿Cuál fue el trabajo que conseguí? ¿Escucharon hablar alguna vez de "el trencito de la alegría"? Son unos trencitos (en realidad son colectivos arreglados para que parezcan trenes) que suelen andar por el centro y por algunos barrios, y van llenos de muñecos (personas disfrazadas) y música a todo volumen, para que los padres suban con los chicos, saquen fotos, canten y esas cosas. A mí me tocó disfrazarme de Pantera Rosa. El trabajo es fácil, hay que bambolearse para un lado y para el otro, mover mucho los brazos, cada tanto bailotear un poco y soportar que los chicos se te cuelguen, te molesten y alguno te pegue una patada. Tu peor enemigo se vuelve el calor: el traje es pesado como una armadura y grueso como quince pulóveres. Casi me desmayo en un par de oportunidades. Pero el trabajo también tiene sus pequeñas (muy pequeñas) ventajas. Me gusta

cuando no suben chicos y los muñecos podemos sentarnos a ver pasar la ciudad. Una vez, en una esquina, cruzó delante de nosotros una compañera de clases (una chica muuuy linda) y automáticamente me escondí preso de la vergüenza. En seguida me di cuenta de que con el traje puesto no había forma de que me reconociera, así que me subí a la parte más alta del colectivo y la saludé moviendo los brazos, ella me respondió riendo y bajando la cabeza. Nunca supo que era yo. Cuando estamos aburridos hacemos chistes malos con Bob Esponja. Debajo del disfraz amarillo y cuadrado se encuentra una chica de mi edad llamada Laura. Nos causa gracia que a ella, que es una mujer, le haya tocado el disfraz de Bob que es hombre y a mí el de la pantera que es mujer aunque yo no estoy tan seguro de que la Pantera Rosa sea mujer. Lo discutimos bastante con Bob-Laura pero no nos pusimos de acuerdo. Mickey (Chucky cuando no tiene el traje puesto) viene a ser nuestro jefe directo. Es un petiso insoportable; fanfarrón y mandón al que le gusta gritarnos por cualquier razón y demostrar que él es nuestro superior. Da la casualidad de que nunca me banqué a Mickey. En general los personajes de Disney no me gustan ni un poco. En cambio me encantan la Pantera Rosa y el Hombre Araña. Bob Esponja me cae muy simpático.

Trabajar cansa. Llego a casa tan agotado que ya no tengo tiempo ni ganas de contar mis paquetes de arroz y fideos, como venía haciendo las noches anteriores. Sólo me meto en la cama y me duermo.

## CAPÍTULO XVI

Soñé que caía, caía sin parar por una especie de pozo eterno y estiraba mis brazos intentando sujetarme de algo pero no podía porque mis manos eran de arena, dedos de arena, uñas de arena; se deshacían cada vez que tocaba algo. Al principio me desesperaba, pero después me iba acostumbrando hasta que se volvía una sensación placentera estar siempre cayendo, casi como volar o ser una nube. Y después pensé que quizás no estaba cayendo sino ascendiendo, ascendiendo sin parar como una flecha directo al cielo. ¿Cómo saberlo? ¿Cómo distinguir el arriba y el abajo? Luego me desperté.

## CAPÍTULO XVII

Finalmente Diego ('mi hermano') le rompió la cara a un compañerito. Tarde o temprano iba a pasar, era cuestión de tiempo. La maestra nos convocó a una reunión con la psicóloga y como mi madre se encontraba, digamos, "indispuesta" (o sea bastante loca) tuve que ir yo en su lugar. Diego se comportó durante todo el encuentro como un verdadero angelito. Es increíble que un nene con esa cara de bueno se convierta, de repente, en un peligro para todo el que pase por delante. La psicóloga después quiso hablar con él a solas, supongo que charlaron de la muerte de mi padre, hicieron dibujitos y esas cosas que se hacen con los psicólogos (aunque en verdad no tengo mucha idea porque nunca fui a uno).

Después habló conmigo, me explicó que la violencia era, a veces, una reacción normal ante situaciones difíciles de comprender para un niño, como la muerte. Lo bueno fue que en otra situación lo hubieran echado del colegio, pero dados los problemas que atraviesa mi familia, Diego fue perdonado (estoy dándome cuenta de que un padre muerto es socialmente una especie de "licencia para matar", como la que tiene James Bond en las películas). Al terminar la reunión lo llevé a tomar un helado, no sé por qué me pareció que era lo correcto. Creo, ahora que lo pienso, que mi padre nos llevaba a tomar un helado cada vez que las cosas se ponían difíciles, como cierta vez que mi madre estuvo enferma y lo que más recuerdo del asunto fue el descubrimiento de una nueva heladería a la que nunca antes habíamos ido.

Caminamos un poco, hablando de cualquier pava: del colegio, de una serie de dibujitos japoneses que lo obsesiona, del extraño comportamiento que tienen a veces las chicas, del color de los colectivos y cosas por el estilo. No sé por qué me pareció lógico, después del helado, tener ese tipo de conversaciones, sobre todo y sobre nada. Supongo que sirven para relajarse, al menos a mí me relajaron y lo disfruté porque nunca habíamos hablado tanto con Diego. He descubierto que tiene un sentido del humor bastante parecido al mío y muchos gustos en común.

Al pasar por un parque nos cruzamos con un grupo de personas que estaba practicando lo que parecía algún tipo de arte marcial, porque tiraban patadas al aire y daban vueltas por el piso. Yo hubiera seguido de largo pero Diego quedó fascinado con la demostración y no pudimos movernos hasta que terminó. Miraba las acrobacias que realizaban embobado y cuando terminaban de hacer algo aplaudía serio y concentrado. Como le gustaba tanto, me acerqué al profesor y le pregunté qué era lo que estaban haciendo. Kung Fu. Comenzó a explicarme "los principios de este antiguo arte

marcial", pero tuve que interrumpirlo para aclararle que a mí no me importaba en lo más mínimo (el deporte no es lo mío, con un poco de fútbol ocasional me alcanza) y que era mi hermanito el interesado. Nos contó entonces que, cuanto antes se comienza a practicar, mejor y que Diego estaba en la edad ideal. Me pareció correcto anotarlo para que empezara a ir dos veces por semana (yo mismo voy a pagar la cuota, gustos que puedo darme ahora que trabajo). Diego parece muy contento con la cuestión. Al menos se la pasó todo el camino a casa tirando patadas al aire y detallándome cómo iba a llegar a campeón mundial. Fue un buen día.

## CAPÍTULO XVIII

Acostado en la cama un sentimiento oprime mi pecho. Me doy cuenta de que todo lo que le pasa a mi hermano es culpa mía. No lo estoy resolviendo bien, no estuve atento lo suficiente. Con toda esa pavada de la música y comprar comida no me di cuenta de que me necesitaba. No supe manejarlo, tendría que haber hecho algo. Ahora esta mal, está sufriendo, y es por mi culpa. No, no es por mi culpa. ¿Es mi responsabilidad?, ¿eh? Sí, es mi responsabilidad. Dicen que la infancia marca la vida de las personas, que de eso depende que después podamos ser normales, ser felices. ¿Y si Diego nunca más puede ser feliz por mi culpa? Tengo que hacer algo. ¿Qué tengo que hacer? Algo. La cuestión es... ¿cuál es la cuestión?

Tengo que trabajar, sí. Tengo que juntar dinero, mucho dinero. Tengo que cuidar a mamá, se va a poner mejor, tengo que cuidarla. Tengo que salvar a Diego. Tengo que hacerlo feliz. Socialmente apto. Eso tengo que hacer. Eso.

## **CAPÍTULO XIX**

De martes a domingo (los lunes es mi día libre) recorro la ciudad disfrazado de la Pantera Rosa. Como Superman, Batman y todos los demás superhéroes, tengo dos personalidades: de mañana soy Damián, un joven estudiante que odia la música, y por las tardes me convierto en la Pantera Rosa del trencito de la alegría, paladín del entretenimiento barato. Como todo superhéroe, debo cuidar que mis dos vidas no se crucen; que mi familia, amigos y compañeros de colegio, nunca descubran mi otra personalidad. No tengo baticueva como Batman, pero sí una caja oculta debajo de mi cama donde guardo mi traje. No me cambio, como Superman, en las cabinas de teléfono: para eso uso el baño de un supermercado.

¿Superpoderes? No muchos. Quizás algún paso de baile especial y grandes dosis de paciencia con los niños que insisten en pegarme. Sudar y oler a pestes cuando me saco el traje no cuenta. Y así como existe la Liga de la Justicia con su Palacio de la Justicia, los muñecos del trencito de la alegría nos juntamos todos los días en la misma mesa de un pequeño y sucio bar del centro.

"Trencito de la Alegría." ¡De la alegría! Pocas cosas se me ocurren más deprimentes que mis compañeros y yo. Sin embargo, no la paso mal. En serio. Me permite distraerme, pensar en otra cosa. Las tardes de sol son las mejores. Me encanta cuando pasamos por una calle con muchos árboles y las hojas pegan contra la ventana de nuestro colectivo (o trencito, como prefieran). Cuando llueve no trabajamos, nos metemos en el bar a esperar que pase y, si la lluvia pinta para largo, nos mandan a nuestras casas y ese día no lo pagan. Otra ventaja es que trabajo con un enano. No hay muchas oportunidades en la vida de tener un amigo enano y yo tengo uno. Se llama Claudio y es un tipazo. Papá Pitufu. Ese es su disfraz. A veces tenemos que salir a caminar para repartir volantes e intentar que los padres y sus niños nos visiten. No me molesta. Camino por entre la gente, en pleno centro. Nadie me ve. Sólo los niños levantan sus manitos saludándome y yo al pasar les revuelvo el pelo. Sonrío a todos, aunque nadie lo note. Sólo soy la Pantera Rosa repartiendo volantes. Nada más.

## CAPÍTULO XX

### MÁS EXTRAÑOS COMPORTAMIENTOS EN MI FAMILIA.

Martes: Después de un arduo día de trabajo, al llegar a casa me entero de que mi mamá se peleó con el consorcio de nuestro edificio. Según ella no hay suficiente seguridad. A los gritos, la escucho seguir la discusión en el pasillo con una vecina.

Miércoles: Tenía hambre y en la heladera no había nada. Abrí uno de mis paquetes de arroz. Es la primera vez que como algo de mis reservas. También le serví un plato a Diego. Ya borré el paquete de la lista.

Jueves: Volví a comer de mis reservas, esta vez porque me daba curiosidad probar un paquete de arroz con hongos que había comprado. Una porquería. Tiene sabor a cualquier cosa menos a hongos.

Viernes: Descubro a mi madre espiando por la mirilla. Me dice que escuchó ruidos extraños en el pasillo.

Sábado: Todos juntos en casa a la noche. Mi hermano nos muestra sus primeras patadas aprendidas. Se nota que mucho no sabe todavía. Se lo ve contento.

Domingo: ¿Y la economía? Quiero saber qué pasa, si estamos ya en quiebra o no. Intento sacar el tema durante la cena, pero mi madre no abre la boca. Al menos volvió a trabajar. De su supuesto perseguidor no volvió a hablar.

## CAPÍTULO XXI

Ayer sentí la música. En realidad no fue exactamente eso, no sentí emociones al oír una melodía como pasaba antes, en ese sentido mi oído (¿o mi corazón?) sigue tan duro como en los últimos días. Lo que pasó, y al menos quizás es un avance, es que recordé, y por un momento creí entender, una vieja letra de rock. Iba como todas las tardes con mi traje de Pantera Rosa, repartiendo volantes entre la gente que pasaba, caminando sin apuro por la calle. Creo que estaba pensando en mi hermano, mi madre y los líos de mi familia. De repente una mujer cargando bolsas de supermercado llamó mi atención. Tendría unos cincuenta años, el calor la hacía exhalar largos suspiros y en su frente brillaban gotas de sudor. El pelo corto

teñido de rubio, los brazos gruesos, la mirada cansada, las manos llenas de anillos. No había en ella nada llamativo, sin embargo, no podía dejar de mirarla e imaginar su vida. ¿Para quién eran todas esas compras? ¿Habría un marido esperándola en su casa? ¿Sus hijos estarían en ese mismo momento en el colegio? ¿Tendría cuentas que pagar en alguna mesa de luz? ¿Dormiría bien? ¿Sentiría miedos, angustias? ¿Se vería bonita? ¿Se creería fea? ¿Estaría aburrida? ¿Sería feliz? Tantas preguntas posibles detrás de esos ojos cansados. Luego vi a un hombre de unos cuarenta años saliendo de un edificio, de traje y portafolio, mirando todo el tiempo hacia los costados. ¿En qué pensaría? Miró el reloj y se pasó la mano por la cabeza. ¿Estaría apurado? ¿Atrasado? ¿Conforme con lo que hace? ¿Sería eso lo que soñaba cuando era chico? ¿Qué sueña ahora por las noches? ¿Tendría amigos? Más tarde a una joven, linda, arreglada, con el pelo recogido, hablando por un celular mientras no dejaba de mascar chicle. ¿Estaría enamorada? ¿Lo habría estado alguna vez? ¿Sería una buena persona? ¿Se aburriría las tardes de domingo? Y a un policía, parado en la esquina, mirando pasar las nubes. ¿En que pensará un policía? ¿Con qué sueña? ¿Con atrapar ladrones? ¿Tendrá hijos? ¿Les comprará muchos juguetes? ¿Habría una esposa que duerme intranquila por las noches esperándolo? Miraba a cada persona, y todas cargaban un sinfín de historias, de momentos y horas vividas, de sueños no cumplidos, de remordimientos y tristezas, de amores y odios, y de atardeceres, abrazos, trompadas, corridas, sustos, gritos, lágrimas, canciones, enfermedades, caricias, juegos. Tanta gente, tantas historias, tanta vida. Entonces me acordé de un tema de Luis Alberto Spinetta llamado "Todos estos años de gente", tema diez del disco *La la la*, el que grabaron juntos Spinetta y Fito Páez. Un tema melancólico y de pulso lento, que no me gusta ni más ni menos que otros, y que ni siquiera es de los que mejor conozco, pero esa frase, "todos estos años de gente",

me pareció en ese momento tan cierta, tan verdadera, tan real, con todas esas personas que pasaban junto a mí, todas llevando cientos, miles, millones de problemas, frustraciones y sentimientos. Y todos los que estuvieron antes y los que vendrán después. Tanta gente. Y se me hizo pesado. Se me hizo pesada la humanidad. Tanta gente y yo también. Tantas historias y la mía también. Tanto dolor y el mío también. Y sentí todo sobre mis espaldas. Todo. Cada hombre, cada mujer, cada niño. Se me tornó como un huracán de ojos que lloraban, bocas que sonreían, manos que temblaban, miradas ilusionadas, todas cayendo sobre mí. Un estallido de sentimientos, demasiados sentimientos. Demasiados. No puedo asimilarlos. Por un instante entendí, viví en carne propia, lo que la frase "todos estos años de gente" quería decir. Lo entendí de una forma que las palabras no llegan a explicar.

Y luego me desmayé.

## CAPÍTULO XXII

Cuando desperté un grupo de personas me rodeaban observándome con curiosidad. Supongo que no todos los días se ve a una Pantera Rosa desmayada en pleno centro. Alguien me aconsejó ir a un hospital, pero me negué rotundamente. Tomé un vaso de agua que me habían acercado y excusé el desmayo mencionando el traje y el calor. "Seguro que está drogado", oí que decía una señora mientras me iba.

Cuando quise volver con mis compañeros de trabajo descubrí que el "trecito de la alegría" ya se había ido. Creo que pensaron que me había escapado y no me esperaron. Conclusión: otro día que no cobraría. Así que me quedé solo y con el traje. En un kiosco compré un alfajor y

una gaseosa, me pareció que comer algo dulce era lo más sensato después de un desmayo. Caminando sin sentido ni destino, noté que estaba cerca del colegio de mi hermano y me pareció buena idea pasar a visitarlo. Al llegar me di cuenta de un pequeño detalle: tenía puesto el traje y él aún no sabía nada de mi trabajo. Entonces vi que Diego, mi hermano, salía justo del colegio acompañado por otros dos chicos. Pensé en esconderme pero ¿para qué? Con ponerme la cabeza de mi traje bastaba. Me quedé parado mirándolos y ellos siguieron caminando sin prestarme la menor atención. Los seguí a una distancia prudencial, no sé bien por qué, me daba curiosidad saber cómo era mi hermanito cuando yo no estaba delante, de qué hablaba. Diego y sus dos amigos caminaban haciendo chistes y riéndose entre ellos cuando se cruzaron con otro chico de la misma edad. El chico dijo algo, no llegué a escuchar bien qué, y de la nada, o al menos sin que yo lo esperara, Diego le pegó una terrible patada en la pierna. No podía creer lo que veía. Sentí que una bronca profunda me invadía. ¿Cómo podía mi hermano actuar así? ¿Cómo podía haberse vuelto uno de esos estúpidos abusivos a los que siempre odié? Esos que todo el tiempo están dispuestos a pegarle al primero que pase por delante. Sin pensarlo dos veces corrí hacia ellos, tomé a mi hermano por los hombros y comencé a sacudirlo con fuerza. Diego me miraba pálido y asustado, a punto de llorar. Para él y sus amigos la situación debía ser bastante rara: ser atacado por un hombre disfrazado de la Pantera Rosa iracundo y violento. Algo tenía que hacer y lo único que se me ocurrió fue acercar la cara de mi hermano a la mía (o sea a mi cabeza de Pantera Rosa) y decir:

—El Kung Fu tiene que usarse para defenderse, nunca para atacar.

Después salí corriendo.

## CAPÍTULO XXIII

Charla con mi madre:

—¿Qué es lo que te está pasando últimamente, Damián?

—Nada. ¿Por qué?

—Es que estás muy raro...

—¿Raro?

—Sí, te pasás todas las tardes fuera de casa...

—Estoy yendo mucho al club...

—Toda esa comida que compraste...

—Eso ya lo hablamos...

—Vendiste tus discos que tanto te gustaban...

—Me tenían cansado...

—No sé Damián, lo que pasó... lo de papá...

¿Querés que hablemos del tema?

-La verdad, no.

-Pero quizás tendríamos que hablar.

-¿Por qué?

-Porque te va a hacer bien...

-Está bien, hablemos. ¿Te siguen persiguiendo?

-¿Y eso qué tiene que ver?

-Que me parece medio ridículo que justo vos me digas que yo estoy raro y que me salgas con lo de la muerte de papá. Porque no sé si te diste cuenta, pero tus perseguidores aparecieron justo después de lo de papá.

-Sí, ya sé...

-¿Y? ¿Te siguen persiguiendo o no?

-Sí.

Silencio.

-¿Pensás que estoy loca, no?

-Que sé yo ma... es medio raro...

-¡Es ese pibe que vive en el edificio de acá al lado! siempre está delante de mí, vaya a donde vaya, él está unos metros adelante. No entiendo cómo hace para descubrir a dónde voy a ir, pero es así...

-En primer lugar, eso es imposible, y en segundo lugar, ¿para qué?

-Ya sé, ya sé... no tiene sentido. Quizás empiece a ir a un psicólogo...

-Creo que sería lo mejor.

-A vos tampoco te vendría mal...

-¿A mí? ¿Por qué?

Mamá sale de la cocina. Vuelve con mi caja con el traje de Pantera Rosa.

-¿Me explicás qué hacés con esto?

-Es que... preferiría no decírtelo.

-Igual sé lo que pasa.

-¿Ah, sí?

-Sí. Según los psicólogos esto se llama "regresión". Los sentimientos que te provoca la muerte de tu padre hacen que quieras volver a ser chico y por eso te compraste este traje...

-...

-¿No es así?

-...

-Respondeme Damián.

-Sí... puede ser...

-Pero la verdad es que ya estás grande para disfrazarte de hombre araña...

-Pantera Rosa...

-Es lo mismo. Ya estás grande. ¿No te parece?

-Sí... es verdad...

-¿Lo vas a dejar de hacer?

-Sí... sí...

-Bueno. Mejor.

-...

-Lo que tenés que hacer es ir a bailar.

-Sí, mamá.

-Y hacer amigos.

-Sí, mamá.

-Y salir con chicas.

-Sí, mamá.

-Y no me digas a todo "sí, mamá".

-No, mamá.

-¿Me estás escuchando?

-Sí, mamá.

-¡Podés decir otra cosa, por favor!

-Sí... está bien.

-¿Me vas a hacer caso?

-Sí, ya te dije...

-Y además eso de que me persiguen es asunto mío y ya voy a ver cómo lo resuelvo, pero eso no te justifica a vos para andar haciendo cosas raras, ¿me oíste?

-No, mamá.

-¿No me oíste?

-Sí, te oí, y dejá de preocuparte, que estoy bien.

-Bueno. Mejor. Me alegra que hayamos hablado.

-A mí también, mamá.

## CAPÍTULO XXIV

"La horrible tiranía de Mickey", así debería llamarse este capítulo. Mickey, como ya expliqué, es un petiso desagradable al que todos llaman Chucky (no sé qué nombre es peor) y que hace las veces de nuestro jefe. Y no exagero ni un poco al llamar "horrible tiranía" a su liderazgo, porque eso es lo que es. Chucky se regodea gritándonos sin ninguna razón y demostrando en cada oportunidad "quién es el que manda". Entre sus muchas costumbres horribles está la de llamar "mamita" a todas las mujeres. "Dale mamita, que no tengo todo el día" o "Vamos mamita, ponele garra", y cosas por el estilo. Laura (Bob Esponja), que odia que la llame "mamita", se quejó y le pidió que no lo hiciera, a lo que Chucky le contestó: "Si querés,

decime 'papito', que a mí no me molesta". A los hombres no nos dice "mamita", pero sí usa el femenino para dirigirse a nosotros. "¡Vamos chicas, a moverse!" o "¿Qué les pasa hoy a las señoritas?", o si te sentás a descansar un minuto te dice "¿Está cansada la nena?". Para matarlo. Entre quienes tenemos que soportarlo, el único que lo pone en su lugar es Claudio, mi amigo enano (perdón, supongo que no está bien que aclare a cada rato que Claudio es enano y mi amigo, es que me parece increíble). Claudio no se come ni media, le responde en el acto y como los dos son bastante ingeniosos cuando chocan es un verdadero ping-pong de latiguillos y frases picantes. Yo, en cambio, soy de madera para esas cosas. No soy espontáneo, no me sale. Tengo un ritmo más lento, necesito un par de días para pensar una respuesta ingeniosa y aun tomándome ese tiempo lo más probable es que no se me ocurra nada. No creo que eso me haga menos inteligente. Primero es una cuestión de práctica (como todo) acostumbrarse a hablar y pensar así. Y también el famoso "tener calle", porque no hay dudas de que la calle es el reino del ingenio popular. De cualquier manera no es lo mío: el otro día cuando por vigésima vez Chucky me llamó "nena" le respondí "Nena, serás vos". ¡Nena serás vos! ¿Qué tengo, cuatro años? No podría haberle respondido de forma más estúpida. En otra oportunidad en la que me quejé por sus malos tratos, me dijo "Si no te da la nafta, no agités...", a lo que respondí "Yo no tengo auto". Cuando escuché que todos a nuestro alrededor reían, me di cuenta de que había entendido mal. Resulta que lo de "si no te da la nafta..." es una forma de decir que no abras la boca si no sos capaz de soportar lo que vendrá después, una especie de provocación, pero yo obviamente no lo entendí así. También tiene que ver en esto el tema de la educación, las diferencias sociales y todo eso. Soy distinto de mis compañeros del trencito de la alegría. No lo digo yo, lo dicen ellos. Soy distinto porque

voy a un colegio privado, porque nunca antes trabajé, porque hablo inglés, porque fui a muchos lugares distintos de vacaciones, porque tuve y tengo un montón de cosas que ellos no. Sin embargo, ahí, en el trencito de la alegría, eso me hace menos que ellos, no más. Aunque suene increíble, me hace más carente. Carente de agarradas a trompadas, de noches en un plaza, de rebusques y trabajos mal pagos, de gente que te quiere sacar algo, del mentado fútbol de potrero (no el de césped), de piropear mujeres en la calle, de cumbia (es gracioso, si hay algo de lo que sé, es de música, sin embargo, mis compañeros de trabajo hablan todo el tiempo de grupos y músicos que no sé quiénes son y que apenas escuché nombrar: Néstor en Bloque, Seba Mendoza, La Nueva Luna, Jambao). Y entonces quedo afuera en la mitad de las conversaciones, no entiendo ninguno de los chistes, y en líneas generales soy alguien al que hay que explicarle todo despacio y con paciencia porque la cabeza no le da para mucho. Lo que me demuestra que al final siempre se trata de códigos y costumbres. Es como si fuera un animal en cautiverio al que de golpe lo sueltan en el medio de la selva y entonces descubre que los trucos que aprendió, que tantos aplausos despertaban en el zoológico, ya no sirven de nada.

¿Qué es ser inteligente? Por ejemplo, ¿es más inteligente mi profesora de literatura, mujer de una cultura extraordinaria, o Claudio y su espontánea rapidez? Claudio jamás va a morir de hambre, aunque todo el mundo le lleve un metro y en su vida haya leído un libro. ¿Quién es más inteligente, Chucky o yo? No lo sé. La horrible tiranía de Mickey. Eso es lo que tengo que soportar. Y de nada me sirve lo que aprendí hasta ahora.

## CAPÍTULO XXV

Hay una nueva moda en el colegio. Ahora a todos se les dio por tratar de convencerme de que determinado grupo musical es "realmente bueno" y no una basura como el resto. Por eso tengo que pasar la mayoría de mis recreos escuchando la música que me traen, mientras me miran como diciendo "viste que son buenos..." Y la verdad es que ya no tengo ganas de hablar de música. Ni bien, ni mal. Si al principio se me dio por criticar a todo aquel que se haya colgado una guitarra, ahora el tema me es indiferente. Ya no me importa si Bowie es mejor que Lou Reed o si Coldplay es muy inferior a Radiohead; no me importa si Soda Stereo fue la mejor banda argentina, o si fue Sumo o los Fabulosos Cadillacs o Seru Giran.

Sencillamente no me interesa. Creo que el gran descubrimiento de estos días es que la música (el rock) no es algo tan importante como yo creía. Está bien, eso digo ahora. Quizás, si el día de mañana mi oído (o corazón) vuelve a funcionar y siento la música, pensaré distinto. Pero creo que, aunque pase, nunca más la música ocupará en mi vida el lugar que ocupaba antes. Es que le daba demasiada importancia. Ahora veo que era el centro de mi vida y mi principal ocupación. ¿Y qué sentido tiene? ¿Qué sentido tiene acumular discos? Mi padre coleccionaba vinilos. Hoy ya no sirven para nada.

O quizás sí. No sé. Otra cosa que me está pasando: no poder decidirme. Por ejemplo, pienso que determinada cosa no me gusta y al ratito pienso que quizás sí, o que tal cosa está mal pero pensándolo mejor en realidad está bien, o que todo debería cambiar aunque tal vez es mejor que todo siga igual. Mis pensamientos están llenos de la palabra "quizás" y casi todas mis conclusiones terminan con un "no sé". Por eso, quizás está bien tener discos, quizás sea lo mejor que se puede hacer en esta vida, quizás mañana mismo empiece otra colección. No sé. No sé, no sé... siempre "no sé".

El sábado fui invitado a una fiesta del colegio y podría decir que fue el punto más alto de mi popularidad. Se trataba del primer recital en vivo de "Los Póngidos" (un nombre realmente horrible), la banda formada por los chicos más grandes, lindos, cool, in, top, alta onda, fashion y cuanta palabra exista en inglés o castellano para denominar a los más populares. Cuando estaba terminando el recital, el cantante anuncia que van a tocar un tema compuesto en mi honor. Todo el colegio se da vuelta hacia donde estoy al escuchar mi nombre. Entonces Los Póngidos tocan "El rock es una porquería", letra al parecer inspirada en mis opiniones musicales, cuyo estribillo dice "El rock es una porquería, pero no puedo dejar de tocar". Por lo menos el tema es fiel a su letra. Es una porquería.

## CAPÍTULO XXVI

Ayer pasé toda la tarde con Laura (Bob Esponja).  
Toda, toda. Una gran tarde.

Nuestra amistad se fue desarrollando poco a poco. Al principio algunas miradas mientras trabajábamos, luego frases al pasar, quejas en común más que nada, sobre los insoportables niños y el calor que hace con el traje puesto. Después nuestro vínculo se afianzó por el odio que ambos sentimos por Chucky (Mickey). Eso nos unió mucho, inclusive inventamos todo un código de gestos y palabras en clave para burlarnos de él. De ahí, a pasar todo el día juntos hubo un paso. Pensándolo bien, quizás hasta debería darle las gracias a Chucky (Mickey). Laura es linda, muy chiquita (por eso hace de Bob Esponja) y tiene unos increíbles ojos

negros. Yo no sé si soy lindo o feo, pero soy alto (por eso hago de la Pantera Rosa) y mis ojos son grises. Negro, cielo de noche. Gris, cielo nublado. Pero lo más importante para decir sobre Laura es que tiene un excelente sentido del humor. Es una máquina de inventar chistes y comentarios graciosos, la mayoría de ellos destinados a reírse de sí misma (algo que siempre me gusta en la gente).

Y ayer, la hermosa tarde de ayer, nos rateamos juntos del trabajo. Sabíamos que Mickey no iba a ir porque estaba enfermo y le pedimos a Claudio (Papá Pitufito) que nos cubriera. Nos escapamos. Así de simple. No fue una cita, ni nada romántico o de pareja. Fue sólo por el gusto de escapar del trabajo. Es más, apenas lo hicimos, la idea era irnos cada cual a su casa, pero después decidimos que, ya que teníamos la tarde libre, por qué no aprovechar y pasear un poco. Juntos. Con el subte como medio de transporte, recorrimos la ciudad, bajando y subiendo en cualquier estación. Ni recuerdo todos los lugares en los que estuvimos.

En la peatonal Lavalle hablamos de política:

-Y cuando tengas que votar -empezó ella-: ¿A quién vas a votar?

-Y yo qué sé...

-Yo tengo ganas de votar.

-Estás loca.

-¿Vos no?

-No.

-¿No te da curiosidad?

-Ni un poquito. Seguro que voy a votar en blanco.

-¡No! Blanco significa que querés que vengan los militares.

-¡Qué decís!

-En serio... ¿No sabías?

-No, no sabía, y no creo que sea verdad. Votar en blanco significa que no te gusta ningún político, nada más.

-No, significa que querés que vengan los militares, me lo explicaron en el colegio.

-Está bien, entonces impugnaré.

-Eso sí. ¿Y qué vas a poner en vez del voto?

-Un dibujo de Bob Esponja.

-Gracias, entonces quizás yo ponga uno de la Pantera Rosa.

-Creí que preferías a Mickey, "mamita"...

-¡Jamás! Es más, si por casualidad veo esas horribles orejas en la tele se me revuelve el estómago... ¿no te pasa?

-Sí, pero me pasaba antes de conocer a Chucky, soy Mickeyfóbico desde chico.

-Mirá vos...

-Me gustan más los de la Warner: Bugs Bunny, el Pato Lucas y todos esos...

-Sí, son más simpáticos... pero no hay como los dibujitos japoneses...

-¿Tu preferido?

-Dragon Ball, por supuesto.

-¡¡Totalmente de acuerdo!! Dragon Ball es una de las mejores series que vi en mi vida...

-¡Sí! Me encantaría que en el trencito hubiera algún disfraz de Dragon Ball. ¿No sería genial? Me gustaría mucho ser Góku...

En Plaza de Mayo, de música:

-¿Y cuáles son tus grupos preferidos?

-Mmm... ese es un tema complicado para mí en este momento...

-¿Por qué?

-Como que me cansé de la música y vendí todos mis discos...

-¿En serio?

-Sí... es un poco raro...

-La verdad, sí. ¿Y tenías muchos?

-Más de mil.

-¡Guau!

-Sí, eran muchos.

-¿Y no los extrañas?

-No, en realidad no.

-¿Pero no te dan ganas de escucharlos?

-No, creo que ya no me gusta la música.

-Eso es imposible.

-¿Por qué?

-Porque no te puede no gustar la música, puede ser que no te guste algún tipo de música, a mí por ejemplo no me gusta el heavy ni el tecno, pero no te puede no gustar la música en general. Es como que me digas que no te gusta la comida. Puede no gustarte alguna comida, como a mí no me gusta el sushi, aunque en realidad nunca lo probé pero ¡es pescado crudo! Imposible que me guste. Pero alguna comida te tiene que gustar.

-No estoy de acuerdo, debe haber mucha gente a la que no le gusta la música.

-No. Nadie. Sólo vos.

-En fin... y a vos, ¿qué música te gusta?

-Rock nacional: Los Piojos, Jóvenes Pordioseros...

-¡Basta! No sigas que pelagra nuestra amistad...

-¿No te gustan esas bandas?

-Para nada.

-¿No te gustan ahora o no te gustaban antes de que abandonararas la música?

-No me gustan ahora y menos me gustaban cuando disfrutaba de la música. Odio ese tipo de bandas. Es más, en otra época me parecía imposible que me cayera bien alguien que escuchara ese tipo de música.

-Eras un poco pretencioso, bastante soberbio, ¿no te parece?

-Sí, pero eso era antes.

-Mejor.

En Once hablamos sobre nuestras familias y la muerte.

-¿Y con quién vivís?

-Con mi mamá y mi hermano.

-¿Y tu papá?

-Falleció.

-¿Hace mucho?

-Dos meses.

-Uy, hace muy poco. ¿Estás bien?

-Sí...

-Debe ser difícil.

-Sí...

-Me imagino que no querés hablar del tema...

-No, no me molesta, sólo que no tengo mucho que decir...

-A mí se me murió mi perro este año...

-Qué ma...

-Sé que no es lo mismo...

-No, no es lo mismo...

-Perdón, no me di cuenta...

-Está bien...

-No, fue un comentario estúpido, es que me acordé de mi pobre Fostro...

-¿Fostro?

-Fostro, así se llamaba mi perro.

-Ah...

-Soy una tarada.

-¿Por qué?

-Porque lo de tu papá es terrible, y yo te salgo con lo de Fostro...

-No me molesta...

-Es que era un perro hermoso. ¡Y tan bueno!

-...

-¡Doce años tenía!

-Es mucho... ¿estás llorando?

-... un poquito... qué tarada por favor... a vos se te murió tu papá y yo llorando por mi perro...

-Está bien, no te preocupes, vas a poder tener otro perro...

-No, nunca va a ser lo mismo, Fostro era Fostro, nunca va existir otro como él...

-Bueno... es difícil perder a alguien, pero hay que seguir adelante...

-¡Es que Fostro dormía todas las noches conmigo! Y los domingos íbamos al parque... disculpame... es que lo extraño mucho...

-Ya sé, y lo importante es que tenés todos esos buenos recuerdos que te van a acompañar siempre...

-Sí, tenés razón... gracias... me hizo bien hablar con vos...

-De nada.

En Primera Junta, del cine de terror.

-¿Te gustan las películas de terror? -dije yo, al ver el anuncio de un cine.

-Sí, me encantan. ¿Cuál es tu favorita? -preguntó ella.

-*La Profecía* -dije yo.

-No la vi. Otra.

-*El bebé de Rosemary*.

-No la vi. Otra.

-*El Exorcista*.

-Creo que vi un pedazo en la tele. Otra.

-No sé... decime alguna vos.

-Un clásico: *Pesadilla 3*.

-¿Cuál era la tres?

-La de los chicos que están internados, porque son locos o están enfermos, no me acuerdo bien, y resulta que Freddy se les aparece en sueños y los va matando uno por uno.

-¡Ah! Sí, que hay uno al que lo convierte en títere, ¿no?

-¡Sí! Es la mejor escena, en el sueño el chico es un títere y Freddy el titiritero y lo obliga a saltar por la ventana, entonces después todos creen que se suicidó.

-Sí, me acuerdo...

-Me encantan las películas de *Pesadilla*, además Freddy es muy superior a Jason.

-Es verdad.

Y así pasó nuestra tarde, entre charlas y más charlas. Luego la acompañé a su casa y me llevé una sorpresa. Vive en un barrio muy humilde, unos monoblocks que, si tengo que ser sincero, hubiera esquivado en cualquier otra circunstancia. Al pasar me enteré de algunos fragmentos de su vida. No ve a su madre desde hace años, su padre casi siempre está desempleado y ella tiene que trabajar para mantenerlo. De repente, la imagen que tenía de Laura cambió totalmente, como un telón que se levanta y deja ver un escenario que ni siquiera habíamos imaginado. Con la sonrisa permanente, con esos ojos negros chispeantes, con una dulce voz y sus constantes chistes, ¿quién podría pensar que esa chica tiene problemas? Mejor dicho, ¿esa chica tiene problemas? ¿Qué significa tener problemas? ¿Cuándo una situación es tan grave para que nos preocupemos? Laura vive una vida muy dura como si nada pasara. No habla del tema porque no le parece algo extraordinario, sino la simple y difícil vida. No sé. Fue una tarde importante. Y la pasé muy bien.

## CAPÍTULO XXVII

El martes Diego trajo a casa una invitación para su primer torneo de Kung Fu. Mi madre y yo no entendíamos nada ¿Torneo de Kung Fu? ¡Pero si tiene ocho años! Al parecer su profesor le vio condiciones y lo anotó. Dice que es el más avanzado de su clase. El torneo se realizó el sábado siguiente en un club de barrio, más específicamente en la cancha de básquet arreglada para la ocasión con algunas colchonetas. En una mesa se ubicaba el jurado, formado por dos maestros occidentales y un viejito oriental, que tenía una llamativa camisa de seda. En las gradas nos situaron a los familiares de los chicos participantes, compañeros y curiosos varios. Mi madre y yo nos sentamos en

el sector destinado al dojo (así se llaman las escuelas de Kung Fu) de mi hermano. Pudimos estar con él hasta una media hora antes de empezar el evento, y mi madre aprovechó para besarlo en todo su rostro, no sé si creyendo que sus besos poseían algún tipo de protección mágica o que esa era la última oportunidad que iba a tener de ver su carita tal cual era. Luego comenzó una demostración donde los estudiantes realizaron las formas que habían aprendido durante el año. De cómo ejecutaran esas formas dependía, al parecer, la posibilidad de pasar al siguiente cinturón. A mi hermano le tocó con otros chicos de su edad. Fue divertido verlo realizar todas esas representaciones que incluían patadas, ademanes de puños y extraños movimientos. Al tratarse de niños, la imagen despertaba más ternura que temor o amenaza. Un chico pelirrojo y pecoso, que se encontraba al lado de mi hermano, no paraba de equivocarse y, cuando todos giraban a la derecha, él lo hacía a la izquierda, cuando era el momento de una patada el levantaba su puñito, no paraba de mirar hacia todos lados tratando de seguir a sus compañeros y en más de una oportunidad estuvo a punto de caerse. En cuanto a Diego, hay que decir que lo hizo bastante bien. Con el ceño fruncido y la boca semiabierta, gesto que en él delata gran concentración, ejecutó cada uno de los movimientos en el momento justo y de la forma correcta. Cuando terminaron se retiraron, luego de saludar uniendo los puños y haciendo una pequeña inclinación, y después hubo que soportar ver a muchos otros chicos realizando demostraciones similares. A todos los familiares les pasaba lo mismo que a mi madre y a mí: esperábamos ansiosos que salieran a escena sus hijos, hermanos o sobrinos a los que aplaudían con entusiasmo mientras sacaban cientos de fotos. Luego se resignaban a ver lo que hacían un montón de desconocidos tratando de no quedarse dormidos por el aburrimiento, ya que el espectáculo no era muy divertido.

Después de un par de horas de suplicio comenzaron los combates. Ahí se puso un poco más interesante. En general las peleas eran "light", igual cada tanto alguien recibía algún golpe fuerte, lo que hacía que mi madre se llevara las manos a la cabeza, imaginando lo que le pasaría a su hijito. En un momento, un chico muy gordo le pegó tal patada a otro flaquito que le provocó la salida de un feroz chorro de sangre de su nariz, por lo que hubo que detener la pelea. A medida que pasaban los combates, yo también me iba poniendo nervioso. ¿Estaba Diego preparado para esto? ¿Y si le daban una paliza? ¿Si algo salía mal y lo lastimaban seriamente? No es tan loco pensar que cada tanto alguien debe quebrarse un brazo o quedar con un ojo en compota. ¡Y mi hermanito es muy chiquito para eso! De sólo pensar en su bracito quebrado se me ponía la piel de gallina, pero trataba de mostrarme fuerte para contrarrestar el miedo de mi madre y dar confianza a Diego, quien parecía no necesitarla porque se lo veía muy tranquilo conversando con sus compañeros. Al fin tocó su turno. Con el traje blanco que le quedaba un poco grande y el cinturón del mismo color, parecía un muñequito de torta de cumpleaños. Pero cuando peleó, ese muñequito se convirtió en una verdadera fiera. Apenas empezar nomás, tiraba patadas y puñetazos para todos lados, mientras gritaba y abría los ojos como un loco. Su contrincante, un chico más grandote, de por lo menos diez años, tenía que retroceder a cada rato, no podía ejecutar ningún movimiento y se dedicaba a detener la furia descontrolada de Diego. Mi madre con los ojos cerrados, apretaba mi mano convirtiendo mis dedos en un manojo de carne apelmazada, y yo, concentrado en una súplica constante por la vida de mi hermano, no podía articular palabra. Diego seguía peleando sin parar, aunque el otro le pegó una patada que casi lo tira al piso y tenía más hinchada entre el público. Cuando el árbitro dio por terminada la pelea,

el jurado determinó un empate. Si el veredicto fue justo o no, no puedo decirlo. El otro chico tenía más técnica y más conocimiento de la materia, pero nadie puede negar que Diego puso mucha más garra. Quizás por eso, cuando el evento terminó y se repartieron los premios entre los ganadores, decidieron darle a Diego un premio al mérito, un trofeo que mi hermano alzó serio mientras el público aplaudía, al menos así me pareció a mí, más fuerte de lo que había aplaudido a ningún otro participante.

Tranquilos y contentos los tres, fuimos a festejar a una pizzería. Pedimos una grande de muzzarella, brindamos y nos reímos como hacía tiempo, mucho tiempo, no lo hacíamos. En ningún momento Diego soltó el trofeo y se las arregló para comer pizza, tomar gaseosa, gesticular mucho y sostenerlo con sus manitos. Obviamente el trofeo terminó todo engrasado.

## CAPÍTULO XXVIII

Al día siguiente invité a Diego a tomar un helado, así charlábamos un poco.

-Qué bien que peleaste ayer, me sorprendiste -le dije.

-¿En serio?

-Por supuesto. Estuviste increíble.

-Gracias, igual me faltó técnica.

-¡Estás loco! ¡Fue genial!

-Sí, ¿no?

-¡Sí! Lo que me preocupa es que andes repartiendo patadas por ahí...

-¿Por ahí?

-Sí, a los chicos del colegio, por ejemplo...

-¡Pero no lo hago más!

-¿En serio?

-¡Te lo juro! Si le pegué a alguien fue porque me estaba molestando, pero igual ahora me di cuenta de que está mal...

-Ah... ¿y por qué?

-Porque el Kung Fu sólo debe ser usado para la defensa, nunca para el ataque. -Dijo mi hermanito mirándome seriamente, como si estuviera diciendome la cosa más importante del mundo.

Le sonreí con ganas mientras revolvía su pelo. Diego va a estar bien.

## CAPÍTULO XXIX

Creo que me estoy enamorando de Bob Esponja.  
De Laura quiero decir, tan loco no estoy.

## CAPÍTULO XXX

Es domingo y hace un par de días que mi madre apenas sale de la cama. Sólo para ponerla en movimiento, le pido que me acompañe al almacén, así compramos leche, que no tenemos. Al principio no quiere pero después acepta. Salimos, caminamos hasta el almacén, entramos. Hay un par de clientes comprando, esperamos nuestro turno. Cuando creemos que nos toca, mi madre se acerca al mostrador, pero en el momento en que está por hacer el pedido, el hombre que atiende la detiene.

-Disculpe señora -dice-, el chico estaba antes que usted.

El almacenero señala a la izquierda. Miramos. Hay un chico de doce años parado. Es el chico que mi madre asegura que la persigue. Tiene una campera de jean, el pelo revuelto y la expresión de toda persona de doce años. Noto como crece el nerviosismo en mi madre. La veo pestañiar varias veces, frotarse las manos, mover la boca como si fuera a hablar pero sin decir nada. Previendo la catástrofe, le propongo que volvamos más tarde. No me escucha. Sólo mira al chico con los ojos bien abiertos.

-Sé lo que estás haciendo... -le dice.

-¿Disculpe? -responde el chico.

-Mamá, por favor... -trato de intervenir.

-Yo sé lo que estás haciendo... -insiste mi madre.

-No entiendo -dice el chico-. Le juro que no me colé, pero compre usted primero si quiere...

-No te hagas el tarado -la voz de mi madre suena cada vez más fuerte.

-¡Basta mamá! -digo yo.

El chico aparta la mirada de mi madre. Me parece que el pobre tiene miedo. Trata de comprar para irse lo más rápido posible.

-Siempre estás delante de mí, ¿no? -vuelve al ataque mi madre-. Siempre adelante. ¡Qué casualidad! ¡Pero mirá vos, qué casualidad!

-Señora... no sé de qué me está hablando...

-¡Me estás persiguiendo! ¡De eso te estoy hablando! ¿Creés que no me di cuenta?

-Mamá, por favor, por lo que más quieras...

Entonces, el Apocalipsis: mi madre le da al chico un terrible sopapo. Y todo estalla. Intento tomarla del brazo,

pero se suelta y al hacerlo tira al piso una mesa de quesos y fiambres. Una horma rueda por el piso. El almacenero grita enojado. Mi madre grita más fuerte. El chico llora y repite una y otra vez que él no tiene la culpa. Se habrá roto una botella de aceite, porque el piso está resbaladizo. Todos gritamos, pero nadie tan fuerte como mi mamá. Como puedo, la llevo afuera. Sigue gritando. Insulta. Amenaza. Dice que va a llamar a la policía. Lloro. Lloro cada vez más. Parece que le falta el aire, como si no pudiera respirar. La siento en el umbral de una casa. Cada vez grita menos. Va dejando de moverse. Sólo llora. Cada vez más bajo.

-Lo extraño tanto... -dice murmurando.

-Ya sé mamá -le digo.

Y nos quedamos en silencio.

## CAPÍTULO XXXI

En los siguientes dos días mi madre no salió de su cuarto. Yo me dediqué a arreglar los desastres del día anterior. Con el almacenero fue fácil: bastó con pagarle todo lo que se había roto. Al chico tuve que buscarlo un poco, por fin averigüé dónde vivía y hablé con él. Le expliqué lo que estaba pasando en mi familia, lo de mi viejo, la presión que tenía mi madre. Por suerte es un chico inteligente y me entendió. Cuando me pareció que había pasado un tiempo prudencial, entré en el cuarto de mi madre para hablar. Estaba acostada.

-¿Mamá? ¿Estás despierta?

-Sí.

- ¿Estás bien?  
-Estoy tan avergonzada... no lo puedo creer... nunca hice algo así...  
-No importa... no pienses en eso...  
-Es que los vecinos...  
-Ya hablé con todos y supieron entender.  
-¿Y vos?  
-¿Y yo qué?  
-Los vecinos no me importan, Damián. Con la que más avergonzada estoy es con vos...  
-No digas pavadas...  
-Es la verdad. Tendría que ayudarte a vos y a tu hermano, y en vez de hacerlo me comporto como una loca...  
-No...  
-Sí, me comporté como una loca, no lo niegues.  
-La verdad, sí. ¿Y qué? Yo también me mandé mis locuras últimamente.  
-Cierto. Tu traje de hombre araña.  
-Pantera Rosa.  
-Sí. ¿Lo seguís usando?  
-No hablemos de eso. Lo que quiero saber es cómo estás vos.  
-He estado mejor.  
-Quiero que salgas adelante.  
-Yo también.  
-Repito: quiero que salgas adelante. Te lo ordeno como hijo.  
-Ya sé Damián... pero entendeme... yo estoy con tu padre desde los diecisiete años...  
-Y yo desde que nació. ¿Lo vas a intentar?  
-Sí.  
-¿Vas a salir de la cama?  
-¿Ahora?  
-En algún momento al menos.

- Bueno, pero ahora quisiera dormir un poco.  
-Está bien, te dejo que descanses.  
-Damián...  
-¿Qué?  
-Te quiero.  
-Yo también mamá.

## CAPÍTULO XXXII

-Damián... ¿Estás despierto?

Abro los ojos y apenas entiendo dónde estoy. Miro el reloj. Las tres de la mañana.

-¿Qué pasa, mamá?

-Pensé que quizás estabas despierto, como a veces te acostás tarde...

-No... pero no importa. ¿Pasó algo?

-Voy a ir a la universidad.

-¿Qué?

-Me voy a anotar en la universidad. Voy a estudiar Historia. ¿Qué te parece?

-Me parece bien...

-Viste que siempre me gustaron las novelas históricas y los documentales... Siempre quise ir a la universidad pero en su momento no pude. Nunca es tarde, ¿no?

-Por supuesto... está muy bien...

-Bueno... eso es todo... Pobrecito, te desperté... Seguí durmiendo.

-Está bien... ¡Mami!...

-¿Qué?

-Es una buena idea. Una muy buena idea. En serio.

-Sí, ¿no? Por eso te lo quería contar.

-Me parece genial.

-Gracias.

-¿Me vas a ayudar?

-Por supuesto.

-Bárbaro. No te molesto más. Que descanses.

-Igualmente.

## CAPÍTULO XXXIII

### (NO TAN) EXTRAÑOS COMPORTAMIENTOS EN MI FAMILIA.

Lunes: Mi hermanito redecoró todo su cuarto en función del trofeo. Nadie puede entrar en la casa sin estar obligado inmediatamente a ir a verlo.

Martes: Mi mamá se anotó en la universidad. Para celebrarlo fuimos a comer afuera.

Miércoles: Miro mi placard lleno de paquetes de comida y me pregunto, ¿en qué estaba pensando? Es la primera vez que se me cruza por la cabeza que quizás no fue tan buena idea como parecía.

*Martín Blasco*

Jueves: Laura vino a conocer mi casa. Se la presenté a mi mamá y a Diego. El tarado de Diego le preguntó si era mi novia. Un papelón.

Viernes: Mi casa está llena de libros de historia.

Sábado: Vemos una película en la tele. Esta vez, por suerte entendimos todos lo mismo.

Domingo: La semana que viene es el cumpleaños de mi mamá. Nos anuncia que lo quiere festejar y que vamos a hacer una fiesta. Creo que voy a aprovechar y la voy a invitar a Laura.

## **CAPÍTULO XXXIV**

**D**ecidí encarar el tema "economía" con mi madre.

-Mami, ¿puedo hacerte una pregunta?

-Seguro, pero antes yo te hago una a vos: ¿cuándo murió Rosas?

-Y yo qué sé...

-Damián, ¿no te enseñan nada en ese colegio al que vas?

-Sí, pero no me acuerdo... a finales del mil ochocientos, calculo... ¿Por qué no te fijás en Internet?

-¡Claro! Siempre me olvido de que existe Internet...

-Bueno. ¿Puedo ahora preguntarte algo yo?

-Lo que pasa es que recién empiezo a estudiar, hay muchas cosas que todavía no sé...

-No, mami, de otro tema...

-Está bien. ¿Sobre qué querés hablar?

-Sobre economía.

-¿Economía? De eso sé que no entiendo nada. Inclusive siempre me resultó aburrida la economía, todo lo que tenga que ver con los números...

-Sobre nuestra economía.

-¿Qué economía? No tenemos ninguna economía.

-¿Cómo que no? Todo el mundo tiene una economía.

-Todos los países.

-Y las familias también.

-¿Ah, sí? Ves que no sé nada...

-¡Prestame atención, por favor! De lo que quiero hablar es de nuestra economía, de cómo vamos a sobrevivir en los años que vienen. Yo sé que vos tenés un buen sueldo, pero papá ganaba más y simplemente quiero saber cómo nos las vamos a arreglar.

-Ah. ¿Y es por eso que vendiste tus discos y compraste toda esa comida?

-Sí, me pareció buena idea...

- ¡Que tierno!

-...

-¡Es lo más tierno que escuché en mi vida! Vení, dame un beso.

-Cortala...

-¡Sos un amor!

-¡Cortala, mamá! Es un tema serio...

-¡Pero no! ¿Te parece que no te lo voy a decir si estamos a punto de morir de hambre? Quedate tranquilo, tu padre, que en paz descansa, tenía ahorros, así que no vamos a pasar necesidades por mucho tiempo, lo que no quiere decir que piense mantenerte toda la vida, así que si querés

ayudar a la familia, estudiá, y en el futuro, cuando sea una historiadora viejita, te dejo que me mantengas.

-Entonces... ¿está todo bien?

-Todo bien.

-Bueno, la verdad que me tranquiliza...

-¡Qué tierno! ¡Vendiste tus discos para comprar paquetes de arroz! Disculpame que me ría pero... ¡Paquetes de arroz! ¿No sé te ocurrió nada mejor?

-Buéno... en el momento me pareció que...

-¡La voy a llamar a mi hermana para contarle!

-¡No mamá! Para qué hablé, me quiero matar...

-¡No digas esas cosas! Sabés que no me gustan, ni en chiste.

-Perdón, mamá.

-La voy a llamar ahora. ¡Qué tierno!

-Pero yo...

-¡Susana se va morir! ¡Tu primo jamás haría algo así! Y de paso le cuento que voy a ser historiadora, pasame la agenda...

-...

## CAPÍTULO XXXV

Le vendí todos mis paquetes de comida al supermercadito coreano que hay a la vuelta de mi casa. Por supuesto me estafaron, tuve que vender a un precio mucho más bajo que el que había comprado. Pero luego de hablar con mi madre y saber que no nos íbamos a morir de hambre como yo pensaba, me sentía un estúpido cada vez que veía mi ropero lleno de arroz, fideos y latas de conservas. Con la plata que recuperé de mi pésima inversión todavía no sé bien qué voy a hacer, por ahora la guardo. También decidí renunciar a mi puesto en el trencito de la alegría. A la primera que se lo conté fue a Laura y creo que se puso triste. En seguida le aclaré que me gustaría seguir viéndola y la invité a la fiesta

que va a dar mi madre el sábado. Me dijo que iba a venir. Vamos a ver qué pasa. Los demás compañeros también se pusieron un poco tristes, creo que se habían encariñado conmigo. Fuimos todos juntos al bar por última vez como despedida. Claudio, mi amigo enano, no paró de hacer chistes e inventar frases ingeniosas al punto que creí que me iba a desmayar de la risa. Chucky se portó bastante bien, aunque hubo que soportarlo contando sus increíbles anécdotas de levante, donde él siempre es un ganador y las mujeres mueren por estar a su lado. De regalo de despedida, entre todos me compraron el último disco de Los Leales, un grupo de cumbia, a ver si aprendo "lo que es la buena música". Cuando devolví mi traje de Pantera Rosa no pude evitar ponerme un poquito triste. A pesar de ser un trabajo muy difícil, creo que en algún lugar lo disfruté, o al menos disfruté conocer a esas personas, que nunca hubiera conocido en otras circunstancias. No puedo explicarlo bien, pero sé que en ese trabajo aprendí algo más que repartir volantes y soportar a los chicos. Algo importante.

## CAPÍTULO XXXVI

Sucedió un atardecer. Había estado lloviendo todo el día y en los últimos momentos de luz el clima dio un respiro. Caminaba lento, sin apuro, pensando en nada, bastante tranquilo. Las caras que cruzaba en la calle no me pesaban como aquella vez que me desmayé, sino todo lo contrario: quizás por la luz del atardecer, todas las bocas parecían sonreír, todos los ojos brillar, todas las manos abiertas y relajadas. Estaba yendo a tomar el colectivo para volver a mi casa y entonces algo llamó mi atención. Era un chico, no tendría más de doce años. Tocaba la guitarra española, el estuche estaba abierto a sus pies para quien quisiera dejar alguna moneda. Me acerqué, casi sin

poder evitarlo. El chico no me miró, porque no miraba a los transeúntes, ni siquiera a aquellos que le dejaban monedas: estaba demasiado concentrado en su guitarra. Como hipnotizado, me paré a mirarlo. Hasta que me di cuenta de que lo que me hipnotizaba, lo que llamaba mi atención, lo que me impedía seguir caminando, no era el chico ni la guitarra ni la imagen: era la música. Una melodía triste, delicada, tocada sin apuro, de arpegios, acordes y pequeños punteos, una melodía que no conocía, que aún no conozco, pero recuerdo. Y la sentí. Sentí la tristeza que expresaba. La melancolía. La esperanza. Quizás la alegría escondida en algún acorde. Y me pareció hermosa.

El chico levantó los ojos y me miró. Lo miré, duro, sin mover un músculo, escuchando con todo el cuerpo. Y entonces él me sonrió. Y yo también. Busqué en mi bolsillo y le dejé una moneda. Movié su cabeza agradeciendo, aunque era yo el que tenía más para agradecer. En ese atardecer, en esa guitarra, en ese chico, la música había vuelto.

## CAPÍTULO XXXVII

Apenas llegué a mi casa me puse a bajar música de Internet. Primero, cuatro de mis discos favoritos: *Ok Computer* de Radiohead, *Doolittle* de Pixies, *Dummy* de Portishead, *Wish You Were Here* de Pink Floyd. ¡Qué placer! ¡Cuántas canciones geniales! Y después los tres mejores discos del rock nacional: *Artaud* de Pescado Rabioso, *La Biblia* de Vox Dei, *Seru Giran* de Seru Giran. Un poco de Cerati, nunca puede faltar, con *Amor amarillo*. Después, me puse a escuchar el disco de Los Leales que me regalaron. ¡Estaba muy bueno! Nunca creí que pudiera gustarme un disco de cumbia, pero me equivocaba. Algunos temas eran hermosos, como "Una calle nos separa" o "Vuelve mi amor". De postre, algunos grupos y solistas nuevos: Joanna

Newsom (me aburrió un poco), Ok Go! (divertido, y "Here It Goes Again" es uno de los mejores videos que vi en mi vida), Sufjan Stevens (increíble), Kaiser Chef (muy bueno). Tango también, por qué no, ya era hora de investigar por esos horizontes: bajé un poco de Piazzolla y de Mederos. Como cierre, la gran reconciliación: Lennon y los cuatro fantásticos. Escuché, disfrutando profundamente cada nota, el *Álbum Blanco*. Y, no hay caso, es el mejor disco de la historia del rock. Cuando el sol salió, mi cabeza estallaba de la panzada musical que me había dado. Con los auriculares puestos, me fui durmiendo al ritmo de "Sunday Morning" de The Velvet Underground. Aunque no era domingo, no se me ocurrió banda de sonido más apropiada para la ocasión.

## CAPÍTULO XXXVIII

Es la fiesta de cumpleaños de mi madre. Ella está en la cocina, preparando bocaditos para los invitados. Se la ve bien. Más tranquila. Espero que esté mejor. Me sonrío y guiña un ojo mientras prepara una bandeja de galletitas con queso. Sí, está mejor. Hay bastante gente, cerca de cincuenta personas. Mis tías, mis primos, compañeros del trabajo de mi mamá, algunos vecinos. Yo invité a Laura pero todavía no vino. Mi hermanito está rodeado por un grupo de conocidos de mi mamá. Cuando paso cerca, escucho que les habla de filosofía china. Creo que son cosas que le enseñaron en Kung Fu. Saludo a los invitados, cruzo frases de compromiso con los familiares,

dejo que mi madre me bese y abrace un poco en público. Luego salgo al patio.

No tenemos un gran patio: unas cuantas baldosas, una parrilla y, en el único pedazo de tierra que hay, un árbol que sobrevive como puede. Me acerco al árbol. Entonces recuerdo que mi padre pasaba muchas horas bajo ese árbol. Papá fumaba, pero mamá, que no sólo no fuma sino que directamente odia el olor del cigarrillo, no le permitía fumar dentro de la casa. Por eso papá iba al patio, se apoyaba en el árbol y fumaba su cigarrillo. Yo, siempre detrás de él, aprovechando para tratar de obligarlo a jugar un poco a la pelota. Recuerdo que papá mientras fumaba, me miraba y decía "fumar está mal", y luego daba pitadas con placer.

Papá. ¿Qué pensaría? ¿Qué pensaría de lo que estuvo pasando este tiempo? ¿Del Kung Fu? ¿Del trencito de la alegría? ¿De la nueva carrera de mi madre? No hay manera de saberlo. Pienso ahora que si mi padre no hubiese muerto, yo no habría comenzado a trabajar en el trencito de la alegría ni conocido a Laura, y mi hermano no habría descubierto el Kung Fu ni madre estudiaría historia y... todo sería distinto. Entonces... ¿Tenía que pasar?... No sé. Todos vamos a morir, eso es lo único seguro en esta vida. ¿Por qué? No voy a ser yo el que responda esa pregunta. Personas más inteligentes lo intentaron y no lo lograron. Sólo puedo encontrar más preguntas. ¿Tiene sentido todo lo que pasó: mi familia últimamente? ¿Tiene comienzo esta historia? ¿Tiene final? ¿Empieza cuando muere papá y termina en este cumpleaños de mamá? ¿O empieza en este momento? ¿O empezó cuando nací y terminará cuando me muera? Miro el cielo y sé que está por llover. ¿Sería distinta mi vida si hoy no lloviera? ¿Sería distinta la de mi madre? ¿La de mi hermano? Cada cosa que nos pasa, cada persona que conocemos, cada gota de lluvia que cae sobre nuestra cabeza, cada café que tomamos, cada vez que sonreímos, cada día de sol, cada

palabra pronunciada, cada mirada, cada pensamiento que llega a nuestra mente, cada momento de esta vida ¿son sólo, un punto suelto sin relación con todo lo demás? ¿La lluvia que está a punto de caer está relacionada con mi mamá? ¿Conmigo, en este patio, pensando en mi viejo? ¿O sería igual si brillara el sol? ¿Pensaría yo en todo esto si brillara el sol? ¿Las cosas pasan sin sentido, sin tener una que ver con la otra? ¿La vida es una sucesión de puntos sueltos? ¿O esos puntos sueltos forman una línea? ¿O existe una misteriosa línea recta que une a mi padre, con la música, con el Kung Fu, con el trencito de la alegría, con la lluvia que está por caer y con todas las cosas del universo?

Miro adentro y veo que llegó Laura. Me saluda con la mano y le respondo. Hoy voy a besarla y ella lo sabe. Ambos sonreímos. Recuerdo perfectamente a mi padre. Recuerdo cómo se movía, cómo respiraba, cómo era el tono de su voz y cómo se le revolvía el pelo. Apoyo mi mano en el árbol y es como si pudiera verlo. Laura me espera. Voy a entrar. Mi nombre es Damián. El 24 de febrero murió mi papá. Y la vida sigue.

Esta edición se terminó de imprimir en abril de 2010,  
en los talleres de Primera Clase Impresores, California 1231,  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.